

En tiempo de paz parece que una primavera de inusitado esplendor surja para los hombres: se cultivan los campos, reverdecen los jardines, prospera el ganado, se construyen casas, nacen nuevas ciudades, las que se desmoronaban son restauradas, las otras son embellecidas y ampliadas, crecen los patrimonios, aumenta la alegría de vivir, son respetadas las leyes, se consolidan las instituciones civiles, es ferviente la religión, se aprecia el valor de la justicia, florece la solidaridad humana (*humanitas*), se desarrollan artes y oficios, la gente pobre gana mejor, se acentúa la opulencia de los ricos. Florecen los estudios y disciplinas liberales, los jóvenes se instruyen, los viejos disfrutan de su reposo, las muchachas se casan con buenos auspicios.

Loc. cit., c. 7.

Pero la guerra es el origen de todo género de desastres, lo cual lo desarrolla Erasmo a lo largo de todo el adagio. La comparación entre la guerra y la paz, o entre la guerra y la caridad se hace, por tanto, inevitable:

Los frutos de la paz tienen una difusión a largo plazo y un gran número de disfrutadores. La eventual prosperidad de la guerra (pero, Dios del cielo, ¿se puede hablar de prosperidad en la guerra?) retorna a un pequeño grupo de gente despreciable. La supervivencia de uno es la muerte de otro, la riqueza de uno es el saqueo de otro, el triunfo de éste es el luto de aquél.

Loc. cit., 7.

Conclusiones

Como se ha podido apreciar, cada cultura designa con un nombre específico la paz. Así, mientras para la cultura griega la *eijrhvnh* es simplemente la ausencia de guerra, Roma ensayará un tipo de divinización de la paz, haciendo derivar el término de la operación de «clavar, fijar» en la pared el pacto entre los pueblos. La cultura judía, por su parte, desarrollará ampliamente el campo semántico de *shalom*, que significa la integralidad de la paz, el bienestar tanto físico como espiritual. El Nuevo Testamento, aunque escrito en griego, desarrolla el concepto hebreo de *shalom*.

Entre los escritores cristianos destacamos dos: San Agustín, que desarrollará la idea de los varios tipos de paz a lo largo de su obra, y Erasmo de Rotterdam, para quien lo más importante es la salvaguarda de la paz por parte de los así llamados cristianos.

Por mi parte, no me queda más que suscribir la actualidad de estos dos grandes pensadores cristianos que en diferentes épocas supieron sobreponerse al problema de la guerra con audacia y valentía. La paz no es una cuestión baladí, propia de la época moderna de los grandes relatos. Eso supondría una simplificación del concepto en un mundo que, en realidad, no vive la cultura de la paz, sino como ausencia de guerra. Chesterton tiene a este respecto una frase afortunada: «la guerra es la situación normal de las cosas. Es la paz la que tiene que estallar». Si comprendemos el amplio significado de esta frase, habremos comprendido la simplificación que sufre la paz en la sociedad posmoderna.

MUNDO RURAL

Éxodo rural en África. Causas, consecuencias y reto para la Iglesia

Rev. Aragon. Teol. 17 (2003)

*Francisco Carrera Augusto**

Las tasas de crecimiento de población de África están entre las más altas del mundo (entre el 2,5 y 3 %), pero su tasa de crecimiento urbano se sitúa entre el 5 y el 6 %. Alrededor del 35,4 de los 800 millones de africanos viven ya en ciudades. Cuando la tasa de crecimiento urbano es el doble de la del crecimiento de la población nacional, es claro que se debe más a la migración interna que al crecimiento natural de la población urbana. Tan sólo un cuarto de la población urbana del continente africano ha nacido en la ciudad y está constituido en su mayoría por niños y jóvenes. La gran mayoría de los adultos que habitan las ciudades han nacido en zonas rurales.

Desde principios de los años 1960, en que la mayoría de sus países alcanzó la independencia de las potencias coloniales, el continente africano ha venido experimentando un constante éxodo de la población rural hacia los centros urbanos, que se ha incrementado en las últimas décadas. Es, según los expertos, uno de los movimientos migratorios más importantes de la historia de la humanidad y quizás el más desconcertante, debido a sus proporciones y duración. Se calcula que en la actualidad un millón de personas pasa cada semana del medio rural al urbano. Según las previsiones, África contará con 765 millones de urbanitas en el año 2020, que pasarán a ser 804 millones en el 2025.

El saqueo de las tierras comunales

Mientras que en Occidente el éxodo del campo a la ciudad fue consecuencia del desarrollo industrial y la necesidad de mano de obra, en África es un fenómeno provocado por una serie de políticas económicas importadas del exterior que han provocado el colapso del mundo rural sin ofrecer alternativas de subsistencia a su población.

Ya durante el período colonial y después con las independencias, se implantó en África el modelo occidental de desarrollo económico basado en la exportación-im-

*Dentro de la sección Mundo Rural, presentamos hoy este artículo de **Francisco Carrera Augusto**, aragonés, misionero comboniano y director de la revista «Mundo Negro». Desde esta sección de la revista nos ha parecido importante solicitar este artículo para acercarnos a la visión del mundo rural africano, también él en profunda crisis, crisis nacida en tiempos del colonialismo y agudizada por el torbellino neoliberal.*

portación de productos, sin tener en cuenta las necesidades reales de sus poblaciones. Una de las consecuencias más impactantes de esta orientación económica ha sido la potenciación del monocultivo mecanizado y expansivo dedicado a la exportación. Unos pocos afortunados locales y las sociedades multinacionales se han apoderado de las mejores tierras para el establecimiento de grandes plantaciones y negocios agrícolas en detrimento de las tradicionales granjas familiares que aseguraban el sustento de la población.

La mayoría de los países africanos heredaron del período colonial una curiosa división de la tierra en tres categorías: tradicional, privada y pública. La tierra, considerada de «derecho tradicional», pertenece de forma comunal a cada uno de los grupos étnicos y su uso por las distintas familias se rige por las costumbres de cada tribu; la tierra no pertenece a quien la cultiva, sino a la comunidad, que la cede a los individuos. La gran mayoría de las familias rurales africanas ha subsistido de su trabajo en las relativamente pequeñas parcelas de tierras comunales que han trabajado por generaciones.

Las tierras de propiedad privada son aquellas vendidas por el poder colonial o los posteriores gobiernos africanos a particulares —en su mayoría de origen europeo— para su explotación comercial. Por lo general, estas propiedades privadas constituyen grandes plantaciones altamente mecanizadas que requieren poca mano de obra y cuya producción está orientada a la exportación (café, té, algodón, tabaco, cacao, carne, etc.).

Los gobiernos se han reservado el control de las llamadas «tierras públicas», que incluyen selvas, reservas naturales y áreas cultivables o edificables, que pueden ceder, mediante alquiler o venta, a particulares.

Desde hace más de dos décadas, la mayoría de los gobiernos africanos, forzados por la necesidad de inversiones externas y presionados por instituciones financieras internacionales, como el Banco Mundial, han seguido políticas de privatización y de promoción del mercado libre en lo que se refiere a la propiedad de la tierra. Las elites económicas y políticas africanas también han visto en esta tendencia liberalizadora una oportunidad inmejorable para apoderarse de las tierras y los recursos naturales, con la excusa de que era necesario mejorar la producción agrícola.

Las más afectadas por esa obsesión liberalizadora han sido las tierras comunales de las que hasta hace poco vivía la mayor parte de la población. Los campesinos, con poca educación formal y desconocedores de los mecanismos legales, se han visto privados de sus derechos ancestrales. Tierras que antes pertenecían a los grupos tribales para su uso comunitario han pasado a manos de terratenientes y corporaciones, tanto locales como extranjeras, con la connivencia de políticos y legisladores corruptos. En Mozambique, por ejemplo, el millonario estadounidense James Blanchard III ha conseguido la concesión de toda la zona costera al sur de la capital, Maputo; mientras que granjeros blancos procedentes de Suráfrica están copando las tierras en la provincia de Niassa, al norte del país.

Los pueblos pastores del África Oriental, Botsuana y Namibia, han sufrido de modo particular la fiebre privatizadora de las tierras comunales. Durante siglos han vivido apacentando sus rebaños por extensas zonas de pastos que, con frecuencia, abarcaban partes de los diversos países en que las potencias coloniales dividieron la región cuando se repartieron el continente africano. Los gobiernos, unilateralmente y aprovechándose de la indefensión política y legal de las tribus trashumantes, han «recalificado» los pastizales tradicionales y los han sacado al mercado para que los adquirieran las poderosas elites urbanas. Los pueblos pastores ven así reducida a mínimos su movilidad, asisten impotentes a la desaparición de su ancestral estilo de vida y se ven obligados a buscar nuevas alternativas de subsistencia.

La masiva privatización de las mejores tierras comunales ha tenido como lógica consecuencia el progresivo recorte del espacio disponible para el cultivo por parte de los pequeños agricultores, que constituyen la gran mayoría de la población africana.

En Suráfrica la política colonial sobre la tierra, combinada con el sistema del *apartheid*, ha dado como resultado que en la actualidad el 87 % de la tierra esté todavía en manos de unos 40.000 granjeros blancos, mientras que al resto de sus 42 millones de habitantes les queda disponible tan sólo el 13 % del terreno cultivable. La inmensa mayoría de la población negra, que constituye el 77 % de todos los sudafricanos, se ve forzada a ganarse la vida como mano de obra en las granjas comerciales de los blancos o en las industrias establecidas en torno a las grandes ciudades. En 1994, el gobierno de Nelson Mandela, surgido de las primeras elecciones democráticas, preparó un programa que preveía la redistribución del 30 % de la tierra entre las familias campesinas negras en un período de cinco años. A fecha de hoy, la tierra redistribuida no pasa del 2 % y una buena parte de la misma ha pasado a poder de funcionarios negros corruptos que no tienen intención de cultivarla, mientras que los agricultores sin tierra continúan esperando en vano.

En Uganda, el 85 % de las familias campesinas se ven obligadas a sobrevivir con menos de 2 hectáreas de tierra cultivable. En Malawi, la media de las parcelas familiares no llega a las 0,5 hectáreas; mientras que el número de las grandes plantaciones privadas surgidas de la concesión de tierras comunales pasó de 1.200 en 1979 a 14.671 en 1989.

El minúsculo tamaño de las parcelas hace prácticamente imposible que las familias rurales puedan vivir de la tierra como antiguamente. Las cosechas son cada año más pobres y los campesinos no cuentan con medios para adquirir los abonos necesarios para incrementar la producción.

Si a todo lo anterior se añade la aún alta tasa de crecimiento demográfico del continente, que lleva a la duplicación de la población cada 10 ó 15 años, se entiende que el único recurso abierto a las nuevas generaciones es el abandono de las zonas rurales para intentar labrarse un futuro mejor en otro lugar.

La atracción de la ciudad

Por lo general, el destino de los africanos que se ven forzados a abandonar un mundo rural, que ya no puede ofrecerles mínimas garantías de supervivencia son las grandes ciudades. Los medios de comunicación —especialmente la radio— han aproximado la ciudad y su estilo de vida a las zonas rurales. La imagen que los medios transmiten de los centros urbanos es la de un mundo atrayente y lleno de posibilidades donde con un poco de esfuerzo se puede conseguir un relativo bienestar.

El mito de la ciudad está alimentado por los propios migrantes que, de vez en cuando, consiguen enviar algo de dinero a las familias que han dejado en el poblado. Algunos de ellos vuelven a casa con recursos para comprar un pedazo de tierra o construirse una pequeña casa y con numerosas historias sobre la vida en la ciudad. Todo esto no hace sino fomentar los sueños de los indecisos que se han quedado en el campo y finalmente les empuja a dar el gran salto.

Existen factores socio-culturales que también influyen en los jóvenes a la hora de decidir la salida hacia la ciudad. Muchos de ellos la ven como un modo de liberarse de las restricciones tribales, de las leyes y costumbres del poblado que, a veces, les parecen agobiantes. A las jóvenes, la gran urbe les ofrece la posibilidad de escapar a las imposiciones del contexto familiar rural y la situación de sometimiento a que están condenadas por el hecho de ser mujeres.

Pero la realidad que encuentran en las ciudades los africanos que abandonan el mundo rural es muy diferente a la que les pintan los medios de comunicación y los mismos migrantes.

La dura realidad de la ciudad africana

La mayoría de los recién llegados a las ciudades desde las zonas rurales —se calcula que a Nairobi, capital de Kenia, el número de nuevos emigrantes sobrepasa los 100.000 cada año— son personas sin recursos que cuentan con conseguir rápidamente un trabajo para sobrevivir. Sin embargo, la crisis económica y la creciente masa de desempleados con escasa formación que ya existe en los centros urbanos hace cada día más difícil encontrar un empleo medianamente decente en los sectores de la industria, el comercio o el turismo. Las pocas ofertas laborales que aparecen se refieren a trabajos eventuales atípicos como pueden ser los de barrenderos, basureros, cavadores de zanjas o criados de las familias pudientes. La única salida abierta a muchas de las jóvenes emigrantes son los puestos de asistentas domésticas.

Todos estos tipos de trabajo tienen en común la falta de control legal y el alto grado de desprotección contra la explotación que se traduce en salarios miserables, largas jornadas laborales, despidos improcedentes, etc.

Una buena parte de los migrantes a la ciudad termina incorporándose al sector «informal», a pequeña escala y sin regulaciones, que ha surgido como respuesta a las necesidades y a las escasas posibilidades financieras de los pobres en el entorno urbano. La venta ambulante de artículos de primera necesidad, pequeños puestos de comida, talleres de costura, peluquerías y barberías, minúsculos locales de reparación de bicicletas y automóviles, vigilancia nocturna... son actividades que, sin licencias y al margen de cualquier control fiscal, absorben buena parte de la mano de obra barata que abunda en la ciudad y hace posible la supervivencia de miles de familias. Tan sólo en Nairobi existen más de 40.000 de estos pequeños negocios informales.

Antes que volver fracasados a sus poblados, algunos de los migrantes que no consiguen encontrar trabajo en las ciudades caen fácilmente en la tentación de buscarse la vida en el mundo de la marginación e, incluso, de la delincuencia. La miseria y la falta de oportunidades hace que en las ciudades africanas se haya producido un fuerte incremento de la mendicidad, la prostitución, la destilación ilegal y venta de licores, el tráfico de drogas, la proliferación de bandas de asaltantes y secuestradores integradas mayoritariamente por jóvenes... y la explosión del fenómeno conocido como «niños de la calle», algo inconcebible en la sociedad tradicional africana que mantiene el cuidado y la protección de los menores como uno de sus valores fundamentales.

Suburbios de chabolas

La falta de recursos con que los migrantes del campo llegan a la ciudad y los precarios salarios que reciben los afortunados que encuentran empleo les obliga a establecerse en los suburbios de chabolas que circundan a las grandes urbes africanas, donde se hacen más de la mitad de sus habitantes.

En El Cairo (Egipto), tres de sus trece millones de habitantes viven en barracas y sólo el 10 % tiene acceso a una vivienda de tipo medio. En Lagos (Nigeria), cinco de los siete millones viven de igual manera, lo mismo que el 60 % de la población de Nairobi (Kenia) y el 50 % de los habitantes de Lusaka (Zambia) y de Jartum (Sudán).

Los suburbios de chabolas se levantan generalmente en terrenos no adecuados para la construcción, como zonas pantanosas, laderas de colinas, antiguos basureros o en las orillas de carreteras y del ferrocarril. Como hay poco espacio disponible, los recién llegados construyen sus viviendas con materiales de desecho sin ningún tipo de orden o planificación. La densidad de la población produce como consecuencia un gran hacinamiento de personas. Con frecuencia, en una hectárea de terreno se amontonan más de 250 barracas y más de 1.500 personas se ven obligadas a vivir en tan sólo 100 metros cuadrados, con la consiguiente falta de privacidad. La chabola hace de dormitorio, de almacén de las escasas propiedades de sus mora-

El habitante de las chabolas casi siempre ocupa un terreno que no es suyo para construir su vivienda y corre el riesgo de ser desalojado en cualquier momento. Las autoridades administrativas de las ciudades usan el pretexto de esa ocupación ilegal para ordenar periódicamente el desalojo masivo de los terrenos y la destrucción de las viviendas; también es su excusa favorita para evitar crear las infraestructuras necesarias y dejar sin los servicios públicos básicos a toda esa gran masa de población.

La electricidad es un lujo que muy pocos habitantes de los suburbios pueden disfrutar. A veces, algunos «empresarios» privados se enganchan ilegalmente a la red pública y hacen llegar al barrio algunos cables para el uso de la población a cambio de una tarifa. En las calles no existe iluminación pública de ningún tipo.

La situación de la educación y la sanidad no es mejor que la del resto de los servicios públicos. Los gobiernos se han preocupado poco de establecer escuelas en los asentamientos humanos que han aparecido de forma espontánea en torno a las grandes ciudades. La mayoría de los centros escolares de los suburbios han aparecido por iniciativa de agencias de voluntariado o por la de instituciones religiosas y funcionan de un modo un tanto informal. Muchas familias tampoco pueden pagar las matrículas de sus hijos en las escuelas públicas más o menos apartadas de sus hogares.

Se calcula que sólo las malas condiciones de las infraestructuras de los barrios más pobres de las ciudades, sin entrar en otro tipo de causas, provoca la muerte de más de diez millones de personas al año en el continente africano.

Este es el panorama desolador, muy diferente del «paraíso» que habían imaginado, que la ciudad ofrece a la mayor parte de quienes abandonan el campo para labrarse un futuro mejor en los centros urbanos.

Sin solución a corto plazo

Aunque muy tímidamente, en diversos puntos de África se están levantando voces que advierten sobre la necesidad de detener, o al menos rebajar, la alta tasa de éxodo rural. El masivo abandono del campo por parte de los jóvenes hará que, en un futuro no muy lejano, gran parte de la población rural esté compuesta por personas mayores, incapaces de soportar el duro trabajo que exige el cultivo de la tierra. Por otra parte, la creciente masificación en las ciudades no puede sino empeorar la situación de pobreza, la miseria humana, las enfermedades y la criminalidad que ya ahora sufren millones de africanos procedentes de las zonas rurales.

En mayo de 2002, el Parlamento de Uganda incluyó en su agenda de trabajo un debate sobre la migración de la población rural hacia Kampala. Mientras que la tasa de crecimiento anual de la población del país es del 2,9 %, el de la capital se sitúa cerca del 12 %. Tal ritmo de crecimiento hace inútiles los esfuerzos de las autoridades por ofrecer a los ciudadanos las infraestructuras y los servicios sociales más básicos, por lo que el nivel de vida en la capital del país continúa deteriorándose.

Los legisladores ugandeses están estudiando la aprobación de una serie de leyes que favorezcan la permanencia de la población en las zonas rurales. Entre las medidas que se proponen destaca la ayuda del Gobierno para facilitar a los campesinos jóvenes la adquisición de tierra de cultivo y la promoción de «centros rurales» que ofrezcan los servicios que la gente tiende a buscar en las ciudades: atención médica, educación, esparcimiento, etc. Es todavía pronto para saber si tales propuestas se plasmarán algún día en realizaciones concretas y si lograran influir en el flujo migratorio.

En Suráfrica, el Movimiento Democrático Unido (UDM, en sus siglas inglesas) ha emprendido una campaña para forzar al Gobierno a reconocer la gravedad del problema del éxodo rural y a tomar las medidas necesarias para solucionarlo. El UDM propone el establecimiento de programas financiados por el Gobierno para formar a los jóvenes del campo y darles empleo en proyectos agrícolas, turísticos y de desarrollo de infraestructuras rurales, como carreteras, sistemas de regadío, etcétera.

La apuesta más ambiciosa por una revitalización del entorno rural a favor de la mayoría de la población está siendo, sin lugar a dudas, la que inició el gobierno de Robert Mugabe en Zimbabue en 1998. Su «Programa de Reforma Agraria» contemplaba la requisición de 4 millones de hectáreas de fincas comerciales pertenecientes a granjeros blancos para distribuir las entre unos 850.000 campesinos sin tie-

rra propia. El plan de reforma afecta a los propietarios blancos que tienen más de una finca comercial y a los terratenientes que no cultivan sus propiedades. A pesar de las críticas de la oposición interna y de parte de la comunidad internacional que cuestionan la legalidad y la oportunidad de las requisiciones, el Gobierno de Zimbabue sigue adelante con su programa de redistribución de la tierra. Miles de familias campesinas pobres tienen ahora una oportunidad de sobrevivir sin necesidad de emigrar a la ciudad.

A pesar de estos intentos aislados por responder al problema de la migración interna, se prevé que en África el éxodo de la población rural hacia las ciudades continuará aumentando, porque las condiciones de vida en el campo no van a cambiar significativamente en un futuro inmediato.

La misión de la Iglesia en la ciudad

Desde comienzos de los años 1940, el fenómeno de la migración rural a las ciudades y la galopante urbanización del continente ha suscitado dentro de la Iglesia en África constantes llamadas de atención a la nueva realidad y a la necesidad de elaborar nuevos planes de evangelización adecuados al entorno urbano. Hasta entonces, la acción de la Iglesia se había desarrollado predominantemente en las zonas rurales donde vivía la mayor parte de la población y sus métodos pastorales respondían a la situación socio-religiosa de los poblados.

Ya en 1968, el P. Bernard Clechet escribía: *«La urbanización y la industrialización exigen una nueva orientación pastoral... La Iglesia necesita planificar no sólo construyendo centros, sino también revisando y adaptando nuevos métodos de actividades pastorales...»*¹.

Ocho años más tarde, los obispos de la asociación de las Conferencias Episcopales del África Oriental (AMECEA, en sus siglas inglesas) reconocían que se había avanzado muy poco en la tarea de renovación de los métodos pastorales para afrontar las nuevas situaciones surgidas con la galopante urbanización del continente y apuntaban a la creación de pequeñas comunidades cristianas como uno de elementos centrales de la evangelización en las ciudades. Los obispos decían en las conclusiones de la asamblea plenaria de ese año: *«La conferencia de estudio nos ha hecho descubrir, una vez más, la falta de orientaciones pastorales específicas para afrontar las situaciones vitales de los habitantes y de las comunidades urbanas... El principio de crear pequeñas comunidades cristianas parece proporcionar la clave para renovar la pastoral en las zonas urbanas»*².

Hay que reconocer que la Iglesia ha sido muy lenta en responder al desafío de la urbanización y del éxodo de tantos millones de personas del campo a la ciudad.

¹ Bernard CLECHET: «Town Apostolate», *AFER*, 2 (1968), 170-172.

² «Amecea Plenary Conference, 1976, Conclusions», *AFER*, 5 (1976), 254.

Esto no significa que no se haya interesado por la atención pastoral a los habitantes de las grandes poblaciones, sino que la mayoría de las parroquias urbanas siguen utilizando los mismos métodos de cuidado espiritual y humano que tan buenos resultados han dado en las zonas rurales. Lo que hace falta es una adaptación de esas prácticas pastorales tradicionales y la creación de un plan global de evangelización que tenga en consideración los nuevos factores que configuran la existencia en las ciudades.

Elementos de la nueva pastoral urbana

Sin embargo, y a pesar de la carencia de un proyecto común de acción pastoral urbana, en todo el continente están surgiendo iniciativas que tratan de responder a las necesidades de los habitantes de la ciudad, especialmente en las zonas de pauperadas de los suburbios, con nuevas estrategias de apostolado y nuevos modos de presencia de la Iglesia. Estas experiencias apuntan a una renovación de la praxis evangelizadora que incluye los siguientes elementos:

1. Mensaje de liberación y salvación integral

En los suburbios de las ciudades, quizás más que en el campo, el mensaje y la acción de la Iglesia se está orientando a ayudar a la gran mayoría de pobres a mejorar sus condiciones de vida. En situaciones tan evidentes de miseria, el Evangelio lleva a reconocer que ningún aspecto de la existencia humana es indiferente y que la salvación que Dios ofrece se refiere a la persona en su totalidad.

A través de su creciente acción social en los suburbios, la Iglesia apoya a los marginados de la ciudad a combatir el hambre, la enfermedad, las condiciones insalubres en las que se ven obligados a vivir, el analfabetismo, la violencia, etc. Con el fin de que la gente que vive en los barrios de chabolas tenga acceso a los servicios esenciales que otros habitantes de la ciudad disfrutan, las parroquias, congregaciones religiosas y grupos eclesiales de solidaridad están estableciendo clínicas, escuelas, cooperativas para promocionar la creación de empleo, centros comunitarios para la atención de las personas marginadas, etc. Estas instituciones ayudan a los migrantes del campo a adaptarse a la situación de la ciudad y a abrirse camino en un entorno que les es extraño.

Además de la búsqueda de soluciones temporales a la miseria de los más desfavorecidos, el ministerio urbano está llevando a la Iglesia africana a descubrir que el anuncio del Evangelio supone también un mayor compromiso por la justicia. Mientras que en las zonas rurales la pobreza forma parte de un estándar de vida que es básicamente igual para todos, en las ciudades los sectores marginales de la población conviven con clases pudientes que, muchas veces, les explotan para mantener su privilegiado estilo de vida.

La Iglesia une su voz a la de los habitantes de las chabolas para exigir su derecho a una existencia digna. Los agentes pastorales apoyan y animan las movilizaciones populares para exigir a las autoridades la creación en los suburbios de las infraestructuras necesarias en todo asentamiento humano digno de tal nombre. Con riesgo de hacerse impopular entre quienes ostentan el poder político y económico, cada día son más las organizaciones eclesiales comprometidas en la lucha contra los desalojos, la corrupción y la intimidación que sufren los habitantes de los barrios periféricos.

En los últimos años, un buen número de sacerdotes, religiosos/as y otros agentes pastorales han hecho una opción preferencial por los pobres y se han establecido de forma permanente en las zonas de chabolas para compartir el destino de los marginados. Como ha escrito el P. John Waliggo, éste es uno de los elementos esenciales del nuevo estilo de misión que la Iglesia está llamada a desarrollar en las ciudades africanas: *«La estrategia que se exige es que la Iglesia sea la primera en hacerse presente en las chabolas. El estilo de vida de los agentes pastorales debe estar en completa sintonía con el de la gente a la que sirven. Deben experimentar sus mismas inseguridades, miedos, necesidades e inconvenientes para ser creíbles»*³.

Estas comunidades insertadas intentan acompañar a los pobres en un proceso de liberación integral, pero son también fruto del deseo de descubrir a un Cristo pobre en los millones de personas marginadas que malviven en los centros urbanos del continente. Se hace realidad el principio de que los pobres evangelizan a los mismos evangelizadores, ya que el ministerio urbano está haciendo descubrir a la Iglesia africana aspectos del Evangelio que hasta ahora no había tenido que afrontar.

2. Pequeñas comunidades cristianas

Como apuntaban los obispos de la AMECEA en 1976, las pequeñas comunidades cristianas se están convirtiendo en uno de los elementos esenciales de la nueva pastoral urbana en muchas ciudades africanas.

La parroquia tradicional como punto de referencial eclesial está basada en un concepto territorial de origen rural y presenta muchas limitaciones cuando se traslada al contexto de una ciudad africana, especialmente en los suburbios de chabolas.

Como se ha visto, los migrantes del campo a la ciudad tienen que enfrentarse a la dura lucha por la supervivencia, en un entorno que les es desconocido y sin contar con el apoyo de la familia y de la comunidad rural, de las que hasta ese momen-

³ John Mary WALIGGO: «Urbanization in Africa: challenges for the Church», *News letter Archdiocese of Nairobi*, 11 (1994), 4.

to había dependido para superar los problemas. Con frecuencia, el único punto de referencia y de «continuidad» con su vida anterior que encuentran los recién llegados son las Iglesias a las que pertenecen. Sin embargo, las estructuras parroquiales se encuentran casi siempre fuera de los suburbios de chabolas en las que se ven forzados a asentarse o, debido a la masificación, no pueden ofrecerles la atención personal y el sentido de comunidad que necesitan.

Mediante la creación de pequeñas comunidades cristianas, como primera expresión eclesial, se ofrece a los cristianos de las zonas marginales la posibilidad de vivir su fe en los mismos lugares en los que habitan y trabajan. Este modo de ser Iglesia-comunidad reducida ayuda a recrear los lazos de familiaridad y solidaridad que todos los africanos, pero especialmente los emigrados a la ciudad, necesitan para desarrollarse como personas. Además, la vida de las pequeñas comunidades gira en torno a la lectura de la Palabra de Dios compartida y aplicada a la vida real de sus miembros. Muchas de esas comunidades viven la fe como un compromiso por la justicia y la paz, porque descubren el contraste entre la visión bíblica de una humanidad libre y hermanada y la realidad de pobreza, opresión, desigualdad, violencia y odio que predomina en la ciudad. En consecuencia, los cristianos de los suburbios están asumiendo un creciente protagonismo tanto dentro de la Iglesia como en los movimientos que trabajan para mejorar las condiciones de vida en esas zonas tan deprimidas.

3. Interculturalidad

Junto al sentimiento de alienación y anonimato, los africanos que abandonan el campo para asentarse en las ciudades experimentan el choque de un mundo plural que contrasta con la uniformidad que han vivido en sus poblados de origen, donde todos pertenecen al mismo grupo humano y comparten la misma cultura.

La ciudad africana tiende a reproducir, en miniatura, la estructura humana de todo el país. En los suburbios urbanos se mezclan personas pertenecientes a las diferentes tribus o grupos étnicos que integran la nación. Las distintas etnias mantienen sus peculiaridades culturales, como lengua, tipo de comida, formas de vestido, etc., que las distingue de las demás. Tal diversidad constituye, a la vez, una oportunidad para el enriquecimiento mutuo pero también una posible fuente de conflictos.

La escasez de espacio obliga a una convivencia estrecha a personas de mentalidades y tradiciones muy diferentes. Con frecuencia, el roce continuo entre gentes tan diversas genera tensiones difíciles de superar porque en la ciudad no existen los mecanismos de desactivación de conflictos y de reconciliación propios de la sociedad rural tradicional. La situación se complica cuando en los suburbios urbanos se reproducen las relaciones de enfrentamiento que algunas tribus han mantenido durante siglos.